

ANT

XIX

1272 / 4



SETENARIO

QUE PROPONE Y ESPLICA

LOS

SIETE PRINCIPALÍSIMOS DOLORES,

*que en su inocentísima vida
padeció el tiernísimo Corazon de Ma-
ría Santísima nuestra Señora, cuya
dolorida Magestad se venera en su
milagrosa imágen con el
título*

DE LOS DOLORES.

ESCRIBIÓLO

El M. R. P. M. F. Isidoro de Sevilla, del
Orden de Menores Capuchinos de N. S. P. S.
Francisco, Predicador Apostólico y Cronis-
ta de esta su provincia de Andalucía.

SEVILLA, 1877.

Imp. y Lib. de los Sres. A. Izquierdo y sobrino,
Francos, números 60 y 62.





*Mater dolorosa,
Ora pro nobis.*

PRÓLOGO AL LECTOR.

Es, lector mio, tan dulcemente amargo, tan amargamente dulce, y tan del todo tierno el asunto de los siete principalísimos Dolores que en su milagrosa vida sufrió María Santísima nuestra Reina, que puede mover á compasion y puede herir de ternura el corazon que mas al dolor se opone: *Vulnerasti cor meum*, le dice Dios á María Santísima en los Cantares (Cant. 4, 9.) Has herido mi corazon, dulce Esposa mia, has herido mi corazon; y esta herida me la has dado con un solo cabello tuyo: *In uno crine colli tui*. Rara herida! *Quid crine gracilius! Quid crine flexibilius*, dice Ruperto. (Rup. hic.) Qué cosa mas endeble, qué cosa mas flexible que un cabello? Y este cabello de María Santísima le hiere el corazon á Dios? Sí. Eran los cabellos de esta Soberana Reina sus pensamientos, dice Cornelio: *Capilli Sanctae sunt cogitationes*. (Cornel. in Cant. 4. 1. Expos. 2.) Estos pensamientos ó cabellos eran rojos, como la púrpura de que los Reyes se visten; *Comae capitis tui sicut purpura Regis*. (Cant. 7: 5.) Y esto, dice el Cardenal Hailgrino, porque estaban teñidos en la purpúrea sangre de la Pasion de su Hijo: *Cogitationes tuae tinctae in sanguine Dominicae Passionis*. (Hailg. hic.) De modo, que estos cabellos de María Santísima eran los pensamientos con que Su Magestad padecia sus dolores, que por eso estaban todos bañados en la sangre de su Hijo, y uno solo de estos bastaba para herirle de ternura el corazon á Dios. Pues si uno solo de los dolores que padeció la Soberana Emperatriz le hiere á Dios el corazon de ternura; qué ternura tan compasiva, qué compasion tan tierna debe herir nuestros corazones al considerar juntos los siete

Dolores principales que padeció el afectísimo Corazón de la mas delicada Virgen que han venerado los siglos? No hay duda, sino que deben causar estos dolores en nuestro corazon la compasion mas viva, y la mas grande ternura. Por esto, y para esto, lector amigo, te los propongo en este devoto Setenario, para que los consideres, para que los discurras, para que los atiendas, y con ellos se hiera de ternura dulce, y de compasion amarga tu cristiano corazon. Te exhorto á que todos los años le consagres á Su Magestad este Setenario, para culto de tan gran Reina, y para utilidad tuya; pues ya habrás oido decir que á un eclesiástico, que en nada cumplia con su obligacion, lo amparó la sagrada Emperatriz en el tremendo juicio, solo porque habia sido devoto de sus Dolores. Puedes hacerlo (como te he dicho) cada año, y puedes hacerlo siempre que pretendieres conseguir de Su Magestad algun favor; como la salud del padre, del hijo, del hermano, etc. Y puedes hacerlo cuando en alguna tribulacion te halláres. Y aun te será muy útil, si en cada uno de los viérnes del año leyeres uno de los dolores que aquí te propongo, y sobre él meditáres aquel dia, lo cual te será de provecho grande, y le darás mucho gusto á la Divina Señora. Y lo puedes hacer ó en la Iglesia, ó en tu casa, solo ó con tu familia, teniendo á la vista una imágen de la dolorida Reina.

DIA PRIMERO.

Este dia se confesará y comulgará en memoria de los Dolores de María Sma.

Habiéndose hincado de rodillas, se persignará, diciendo: Por la señal de la Santa Cruz etc. Luego hará el siguiente

ACTO DE CONTRICION.

Señor mio Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, Criador y Redentor mio, por ser Vos quien sois, por vuestro Sér inmutable, por vuestra grandeza infinita, y porque os amo y os debo amar sobre todas las cosas: me pesa en mi alma de haberos ofendido, y quisiera, Señor, haber muerto mil veces antes de haber pecado. Propongo firmemente de enmendarme, y nunca mas pecar, nunca mas ofenderos, sino amaros como á único dueño de mi alma. Espero en vuestra mise-

ricordia infinita que me habeis de perdonar, por los méritos de vuestra Santísima Pasion y muerte, los cuales os ofrezco, Señor, en satisfaccion de mis pecados, unidos con los Dolores de vuestra Santísima Madre, y con sus preciosísimos merecimientos, y con todo aquello que yo hiciere, y fuere de vuestro agrado. Pequé, Señor, habed misericordia de mí. Pecamos, Señor, de que nos pesa, tened misericordia de nosotros.

Luego leerá con mucha atencion la siguiente

CONSIDERACION.

Considera, cristiano, á la Soberana Reina del Cielo María Santísima nuestra Señora, cuando presentó su Santísimo Hijo en el Templo, y la verás en un misterio tan gozoso, traspasada con el mas vivo dolor. Presentó, pues, en el Templo de Jerusalem al dulcísimo Jesus, Infante tierno de solos cuarenta dias nacido. Tomóle en sus brazos el Sacerdote Simeon, y volviéndose á la venturosa Madre, le dijo con

graves y significativas palabras, que su dulcísima alma seria atravesada y herida con una agudísima espada; en cuyo símbolo le prolelizó la Pasión de el Hijo que presente tenia, y los dolores que en ella habia su Magestad de padecer, y así lo entendió la purísima Señora. Al oír estas palabras sintió un dolor tan vivo y penetrante, como si real y verdaderamente le atravesára el corazon una afiladísima espada. Allí se le representaron juntos todos los tormentos, penas y dolores que despues habia de padecer el dulcísimo Jesus, y con la singular viveza de su altísimo entendimiento, les dió cuerpo tanto, y los hizo tan presentes, como si actualmente los estuviera padeciendo, causando en su amorosísimo pecho la aprehendida presencia de estos dolores, penas tantas, que aun antes de llegar le ocasionaron el mas crecido tormento. Suelen las penas consideradas causar mas aflicciones que las mismas penas padecidas, y el tormento que se espera suele afligir mas que el que presente se sufre. Al considerar con esta profecia la dulcísima Rei-

na, las penas que despues habia de padecer al ver penar á su Hijo, parece que aquí con la aprehension padeció mas, que padeció despues con la experiencia. Juntáronse en el Diluvio muchas aguas, y levantaron el Arca de Noé á lo mas sublime. Juntáronse con la consideracion en el ternísimo pecho de María Santísima muchas penas, y todas unidas la levantaron al mas sublime sentir, al mas intenso penar. No así unidas unas con otras las llamas en la estrechura del horno, fomentan incendio mucho como estas consideradas penas por estar enlazadas unas con otras, abrasaron el dulcísimo corazon de María Santísima con el mas activo ardor. No así las espigas cuando unas á otras se llegan, lastiman con mas dolor que cuando separadamente punzan, como los tormentos, penas y dolores que se unieron en la aprehension de María Santísima, al oir las palabras del Sacerdote, todas juntas la atormentaron en el alma. Pues, cristiano, qué dolor tan grande seria este para el corazon ternísimo de aquella Señora, Niña delicada, que

aun no tenia quince años y medio? ¡O Madre querida de mi alma, y qué temprano empezaste á padecer por la salvacion del mundo! En la Aurora de tu vida, en la flor temprana de tu edad sufriste tanto tormento, porque el Redentor nos salvára; y yo por salvarme no padezco tormento alguno. Bendita seais mil veces por los cruelísimos dolores que en este misterio padeciste.

Aquí se tendrá un rato de consideracion, y luego se dirá:

Dios te salve. afligidísima, dolorosísima y angustiada María, única esperanza nuestra, que en medio de los gozcs que tuvo tu corazon piadosísimo cuando en el Templo presentaste á tu amantísimo Hijo Jesus, quiso Dios que te llenaras de la mayor amargura con la profecia que de la muerte de tu hijo te hizo el anciano Simeon. Dios te salve, porque allí se juntaron en uno los dolores, penas y tormentos que habias de sufrir despues al ver penar á Jesus. Dios te salve, porque todas estas penas juntas, formando una espada rigorosa atravesaron con ella tu dulcisi-

mo corazon, llegando á penetrar hasta tu alma candidísima.

Y. Ruega por nosotros afligidísima María Madre de Dios.

R). Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.

ORACION.

O afligidísima y desconsoladísima Reina de los Serafines, Madre dulcísima de misericordia, y tiernamente querida de nuestras almas! Rogámoste, Señora, por aquel cruelísimo dolor que padeciste al oír la profecía que de la Pasion de tu Hijo te hizo el Sacerdote Simeon, que tengas misericordia de nosotros, y que nos consigas que en nuestros corazones se junten, por la consideracion, todos los dolores de la Pasion de tu Hijo, y que tengamos de ella verdadera compasion, para que por su medio consigamos el felice efecto de su Pasion dolorosa. Rogámoste tambien, querida Madre nuestra, por este dolorosísimo misterio que nos ampara, nos asistas, nos favorezcas en

el trance y agonía de la muerte, alcanzándonos para aquella hora los Santos Sacramentos dignamente recibidos, para que favorecidos con ellos, consigamos el perdón de nuestras culpas, y así vayan nuestras almas á gozar en tu compañía de nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina, Dios por todos los siglos de los siglos. Amen.

Bendito sea eternamente el Eterno Padre, porque quiso que con la profecía de Simeon se juntasen en la consideración de María Santísima, su amada Hija, todos los dolores y tormentos que había de padecer después en la Pasión de Jesús. Amen.

Un Padre nuestro, un Ave María y Gloria Patri.

Bendito sea eternamente el Eterno Hijo, porque dispuso que al considerar María Santísima, su amantísima madre, lo que su Magestad había de padecer; fuese su candidísima Alma atravesada con una espada de dolor. Amen.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Bendito sea eternamente el Eterno Espíritu Santo, porque con su gracia favoreció á María Santísima su dulcísima Esposa, para que no desfalleciese al oír las palabras del Sacerdote Simeon. Amen.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Bendígante, Señor Trino y uno eternamente, todas las criaturas, y te den honra, magnificencia y alabanza por todos los dolores, penas y tormentos que quisiste que padeciera María Santísima, animado Templo tuyo, con las palabras de la profecía de Simeon. Amen.

Bendita sea eternamente la afligidísima, desconsoladísima y dolorosa Virgen María nuestra Señora. Amen.

Los Angeles, los hombres y todas las criaturas la amen, la quieran, la sirvan, y le den gracias por todos los tormentos, penas y dolores que en compañía de su Hijo padeció por la Redencion del mundo, y por la salvacion de las almas. Amen.

DIA SEGUNDO.

Este dia se dará una limosna á un pobre en memoria de los Dolores de María Santísima.

Habiéndose hincado de rodillas, se per-signará etc., como en el primer dia despues leerá la siguiente

CONSIDERACION.

Considera, cristiano, á María Santísima nuestra Señora en el misterio de la huida á Egipto, y la verás atravesada de el mas crecido dolor. A los cinco dias de haber presentado en el Templo al dulcísimo Jesus, le habló un Angel en sueños al Señor San José, y le mandó de parte de Dios que luego con el Niño y la Madre fuese á Egipto huyendo de la tiranía de Herodes, que pretendia quitar la vida al que era Hijo de Dios. Dió el castísimo Esposo noticia de este mandato á la Esposa purísima, y al punto, sin dilacion, obedeciendo el precepto tomó en sus brazos al dulce Jesus, que entonces dormia, y llevando

consigo las pobres fajas del Niño y una jumentilla, á poco mas de media noche salieron de Jerusalem, y se encaminaron á la ciudad de Gaza, y de allí se introdujeron en los desiertos que llaman de Bersabé. Considerar lo que la soberana Reina padeció en este camino es para lastimar y enternecer los cristianos corazones. Tiene el desierto de Bersabé mas de setenta leguas de largo, y todo él, además de ser despoblado, es de unos arenales muertos, pesadísimos de andar, lo cual era penosísimo para la soberana Reina; porque aunque iba en la jumentilla, llevando en sus purísimos brazos, como en regio apetecido trono al Hijo del Eterno Padre, no obstante, le era muy penoso por la dificultad con que la bestiezuela andaba, y mucho mas al ver la molestia con que su purísimo Esposo caminaba, fatigándose con el cansancio, y cansándose con la fatiga. A este trabajo se llegó la pena de que á pocos dias les faltó el corto alimento que llevaban, y como era todo un desierto, donde ni aun pidiendo limosna se podian socorrer, padecieron tan-

ta necesidad, que hubo dia que no tuvieron ni un solo bocado de pan con que desayunarse, y asi ayunando permanecieron hasta las nueve de la noche, que entonces los Angeles les trajeron pan y frutas, y ellos mismos contentísimos les sirvieron á la mesa. No se contentó el Señor con que nuestros divinos Caminantes tuviesen este trabajo solo, sino que para merecimiento mayor dispuso que se levantara un temporal muy recio de aire, lluvia y un agua-viento tan frio, que hasta los huesos les penetraba, con que desterrados, solos, ayunos, mojados y muy frios, se puede considerar qué tormento seria este, y mas siéndoles preciso quedarse las noches al sereno, siendo por Febrero, y el invierno muy crudo, frio y desapacible. ¡O Madre amantísima de mi alma! ¡O dulce querida prenda de mi corazon, quien en aquella ocasion pudiera haberte servido! ¡Quien te hubiera abrigado aun con las telas de su corazon! ¡O palacios adornados! ¡O tapicerias curiosas! ¡O braseros encendidos para abrigar á los pecadores, cuando los Señores de todo

el mundo se hallaban en un desierto con el mas penoso desabrigo! No sentia la prudentísima Señora lo que padecia en sí, sentia lo que padecia su Niño, que como verdadero hombre se afligia con lo récio de los temporales. Mirábalo enternecida la Reina, y al verlo sufrir trabajos, llorar y tiritar, con el frio, sentia tanto dolor, que el corazon le partia. Abrigábalo cariñosa, llegabáselo al pecho, cubríalo con las pobres mantillas, y en tiernas sentidas lágrimas destilaba por los ojos los amorosos afectos de su corazon condolido; hasta que valiéndose del imperio de Reina de las criaturas les manda á los elementos que no le lastimen su Niño, y permitiéndoles, que en su persona, ó en sí misma ejecutasen sus rigores. El alma que de veras ama, mas vive en el objeto que ama que en el cuerpo que anima. El alma de Maria Sma. amaba á su Hijo con verdaderísimo y ardentísimo amor, y así mas que en su cuerpo vivia en el cuerpo de su Hijo; y como allí vivia, por eso sentia mas las penas de su Hijo, que las que eran propiamente suyas.

Y al modo que David olvidado de su alivio propio, solo sentia la enfermedad de su hijo. Así María Santísima sentia solo el padecer de Jesus, olvidada del padecer propio suyo. O Reina poderosa de las eternidades, bendita seas mil veces, por lo mucho que en este misterio padeciste.

Aquí se tendrá un rato de consideracion sobre este punto, y luego se dirá:

Dios te salve, penosísima, afligidísima y dolorosa María: prenda dulce de nuestros corazones, que en la huida que hiciste á Egipto con tu dulcísimo Hijo en los brazos, padeciste cruelísimos dolores, y afliccion mucha, con las penalidades de hambre, sed, cansancio, molestia y frio. Dios te salve, porque al ver penar, llorar y sentir al tierno Infante Jesus, Hijo de tus entrañas, con el intenso frio que padecia, fué tu corazon atravesado con el tormento mas grande, con la mayor pena y la mayor agonía. Dios te salve, porque como lo amabas de veras, sentias tanto su desabrigo, y lo que con lo recio de los temporales padecia, que

olvidada de tu propio sentir, solo el penar de tu Hijo era el cuchillo que tu candidísima alma con gran tormento heria.

Y. Ruega por nosotros, dolorosísima María Madre de Dios.

R). Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.

ORACION.

¡O desconsoladísima y penadísima Reina de los Querubines, dulcísima Madre nuestra y prenda querida de nuestras almas! Rogámoste, Señora, por las fatigas, dolores y angustias que padeciste al ver padecer á tu dulcísimo Jesus en el camino de Egipto, que tengas misericordia de nosotros, y nos consigas que acompañemos al Señor en las fatigas del desierto de este mundo, sintiendo lo que padeció por nosotros, y ofreciéndole con tolerancia lo que nosotros en este siglo padeciéremos. Rogámoste tambien, querida Madre nuestra, por lo que en este misterio padeciste que nos ampires, nos

asistas, nos favorezcas en el trance y agonía de la muerte, y alcanzándonos para aquella hora los Santos Sacramentos de la Iglesia, dignamente recibidos, para que, favorecidos con ellos consigamos el perdón de nuestras culpas, y así nuestras almas vayan á gozar en tu compañía de nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina, Dios por los siglos de los siglos. Amen.

Bendito sea eternamente el Eterno Padre, porque quiso que María Santísima su dulcísima Hija, padeciese penas, molestias, cansancios y fatigas en el camino de Egipto. Amen.

Padre nuestro, Ave Maria y Gloria Patri.

Bendito sea eternamente el Eterno Hijo, porque dispuso que María Santísima su querida Madre al verlo penar con los temporales en el camino de Egipto, fuese atormentada con la cruel espada de la compasión mas tierna. Amen.

Padre nuestro, Ave Maria y Gloria Patri.

Bendito sea eternamente el Eterno Espíritu Santo, porque con su gracia favoreció á María Santísima su regada Esposa, para que tolerase angustias, penas y fatigas al ver padecer en el camino de Egipto á su dulcísimo Jesus. Amen.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Bendígante, Señor Trino y Uno eternamente, todas las criaturas y te den honra, magnificencia y alabanza por todas las fatigas, desconsuelos y molestias, que quisiste que padeciera María Santísima en el camino de Egipto. Amen.

Bendita sea eternamente la desconsoladísima y penadísima María Santísima nuestra Señora. Amen.

Los Angeles, los hombres y todas las criaturas la amen, la quieran, la sirvan y le den gracias por todas las molestias, penalidades y fatigas que en compañía de su Hijo padeció por la redencion del mundo, y por la salvacion de las almas. Amen.

DIA TERCERO.

Este dia se abstendrá de comer dulces y frutas en memoria de los Dolores de María Santísima.

Habiéndose hincado de rodillas, persig-nándose, etc. como el primer dia se leerá la siguiente

CONSIDERACION.

Considera, Cristiano, á María Santísima nuestra Señora en el misterio de haber perdido á su Hijo en el Templo, y la verás atravesada de el mas amargo dolor. Siendo el dulcísimo Jesus de doce años, fué con su Santísima Madre y con el Sr. S. José, desde Nazareth su patria, á Jerusalem, á una solemnidad grande que en el Templo se celebraba como todos los años lo tenían de costumbre. Acababa la solemnidad, y volviéndose á Nazareth, se quedó el divino Señor oculto, perdiéndose voluntariamente de sus padres. No le echaron menos ni la Madre, ni su Esposo, porque saliendo los hombres por una puerta de la ciudad, y

por otra las mujeres, los niños podían ir ó con las mujeres, ó con los hombres; y así juzgaba el Esposo que Jesús venía con la Madre, y la Madre que venía con el Esposo, y por tanto, ni el Esposo ni la Madre lo echaron menos hasta que llegaron los dos á juntarse en el sitio determinado. Así que María Santísima dió vista al Esposo y no vió á su Jesús, fué tan agudo el dolor que sintió su corazón santísimo que no tiene comparacion. Esposo, á dónde está mi Jesús? Decía. Esposo, á donde está mi Niño? A donde está el querido de mi alma? La prenda únicamente amada de mi corazón, á dónde está? No así el mundo todo se viste de tinieblas cuando le falta el sol, como el corazón dulcísimo de la Reina soberana se llenó de penas cuando le faltó su hijo. No así el cuerpo humano queda cadáver yerto cuando el alma se le ausenta, como quedó por el susto yerta y casi sin movimiento la afligida Madre cuando se le ausentó Jesús, alma de su vida, y vida de su alma. Lloraba el pastor del Evangelio, el que se le había perdido una ove-

ja, y lloraba esta divina pastora el que se le habia perdido un Cordero. Aquel pastor se determinó á buscar la oveja que se le habia perdido, y en ejecucion lo puso. Esta divina pastora se resolvió á buscar su perdido Cordero y lo puso en ejecucion. Al punto volvió con su Esposo á Jerusalem buscando á su perdido Jesus entre sus conocidos y parientes. Aqui se vió cumplido lo que en metáfora se dibuja en los Cantares. Habeis visto, (decia la afligidísima Señora) habeis visto á mi amado? Habeis encontrado á mi querido? Me dareis noticia de la lumbré de mis ojos, del alivio de mis penas, del consuelo de mis males, de el único adorado dueño mio? Preguntábanle algunos qué señas tenia su niño? Y misteriosamente respondia: Es mi amado blanco y rubio como el sol. Es mi amado escogido entre millarés. Es mi amado el mas hermoso entre los hijos de los hombres. Unos le decian: Este niño tan bello lo vimos en el Templo orando. Otros decian: Ese niño lo vimos en el hospital visitando los enfermos. Y una mujer le dijo: Señora, ese niño llegó

esta mañana á mi puerta á pedir limosna, y yo se la di: me robó el corazón su hermosura. Todas estas eran flechas disparadas del arco del dolor, que atravesaban el ternísimo corazón de la afligidísima Madre. Lloraba lágrimas tristísimas, exhalaba ardentísimos suspiros, y en el mar de tormentos tantos, bajel sin norte, penadísima naufragaba. En los tres días que duró esta ausencia ni durmió, ni descansó, ni comió mas que el pan doloroso de sus suspiros, ni bebió mas que la desabrida agua de sus lágrimas amargas, que tórtola viuda en la soledad de su ausencia tan terrible, solo el gemido la sustentaba, solo el sollozo la mantenía y solo en lugar de arrullo el desconsuelo le daba en tanto penar alivio. De modo, que padeció mas en aquellos tres días que estuvo Jesus perdido, mas que han padecido todos los mártires juntos. ¡O dulcísima y querida madre de nuestras almas, bendita seas mil veces por lo que en este misterio padeciste!

Aquí se tendrá un rato de consideracion sobre este punto, y luego se dirá:

Dios te salve penadísima, desconsoladísima y atormentada María, dulce alivio de nuestros males, que cuando perdiste á tu Hijo Jesus en el templo padeciste con su ausencia tantas penas, que es imposible como fueron en sí el considerarlas. Dios te salve, porque como el mundo sin el sol se llenó de tinieblas, de sombras y de horrores, tu santísima alma, faltándole el clarísimo sol Jesus, fué llena de las sombras de mortales agonías. Dios te salve, porque como tu alma por el amor vivía en tu Hijo, faltándote el Hijo que tanto amabas, parecia, por lo inmenso de tu dolor, que tambien te faltaba el alma con que vivias.

Y. Ruega por nosotros dolorosísima María Madre de Dios.

R). Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.

ORACION.

¡O penadísima y desconsoladísima Reina de las Potestades del Cielo, dulcísima Madre y prenda querida de



nuestros corazones! Rogámoste, Señora, por los desconsuelos, dolores y agonias que padeció tu candidísima Alma, cuando echaste menos al dulcísimo Jesus, que voluntario se quedó perdido en el Templo, y por tanta agonía como padeciste los tres dias que no lo hallaste, que tengas misericordia de nosotros y nos alcances de su Magestad que nunca lo perdamos por la culpa, sino que siempre lo tengamos por la gracia. Rogámoste tambien, querida Madre nuestra, por los dolores que en este misterio padeciste, que nos ampires, nos asistas, nos favorezcas en el trance y agonía de nuestra muerte, alcanzándonos para aquella hora los Santos Sacramentos de la Iglesia dignamente recibidos, para que favorecidos con ellos consigamos el perdon de nuestras culpas y así vayan nuestras almas á gozar en tu compañía de nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina Dios por los siglos de los siglos. Amen.

Bendito sea eternamente el Eterno

Padre, porque quiso que Maria Santísima su dulcísima Hija padeciese tanto desconsuelo, afliccion y pena cuando perdió á su Santísimo Hijo en el Templo. Amen.

Padre nuestro, Ave Maria y Gloria Patri.

Bendito sea eternamente el Eterno Hijo, porque quedándose voluntariamente perdido de su vista en el Templo, fué motivo para que María Santísima su purísima Madre padeciese tanta afliccion, pena y agonía. Amen.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Bendito sea eternamente el Eterno Espíritu Santo, porque con su gracia fortaleció á María Santísima su querida Esposa, para que no desfalleciese con las agonias que sufrió cuando perdió á Jesus en el Templo. Amen.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Bendigante, Señor Trino y Uno, eternamente, todas las criaturas, y te den honra, magnificencia y alabanza, por todas las aflicciones, desconsuelos

y agonias que quisiste que padeciera María Santísima, cuando perdió á su Hijo en el Templo. Amen.

Bendita sea eternamente la afligidísima y desconsoladísima María nuestra Señora. Amen.

Los Angeles, los hombres, y todas las criaturas la amen, la quieran, la sirvan y le den gracias por todos los tormentos, penas y dolores que en compañía de su Santísimo Hijo padeció por la Redencion del mundo, y por la salvacion de las almas. Amen.

DIA CUARTO.

Este dia se oirá una Misa ofrecida á los Dolores de María Santísima, y si fuere dia de fiesta se oirán dos.

Habiéndose hincado de rodillas, persiguiéndose, etc. como el primer dia se leerá la siguiente

CONSIDERACION.

Considera, Cristiano, á María Santísima nuestra Señora, cuando encon-

tró á su dulcísimo Hijo Jesus en la calle de la Amargura, y la verás atravesada de la espada mas aguda. Ya sentenciado á muerte el inocentísimo Cordero Jesus, le pusieron sobre su delicadísima espalda la pesadísima Cruz, y sacándolo de casa de Pilato lo encaminaron al Calvario, lugar determinado para el suplicio. Iba la dolorosísima Madre atravesada de el mas intenso dolor, en seguimiento de su Hijo; pero por el mucho tropel y confusion grande de la gente, no podia ir la desconsolada Señora inmediata al divino Redentor: y como esto lo deseaba tanto su corazon afligido, la encaminaron los Angeles por algunas calles, para que así sin tropel le saliese al encuentro al dolorido Jesus. En este camino oia su Magestad á lo lejos los ecos de las trompetas, y las voces del pregonero, agudas flechas todas que el ternísimo corazon crueles le herian. Así venía aquella candidísima paloma bebiéndose las lágrimas y tragándose los suspiros, cuando al revolver de una esquina de la calle de la Amargura, se encontró cara á cara

con su Hijo. O dolorosísimo espectáculo! O encuentro lastimosísimo! O vista la mas sensible que pueden considerar nuestros cristianos corazones! Allí vió la desconsoladísima Madre el rostro antes hermosísimo de su querido Jesus, afeado y denegrido con los golpes de las bofetadas que le habian dado, y con las hediondas salivas que sacrílegos le habian escupido. Allí vió aquellos antes ensortijados cabellos, que su Magestad con soberano aseo peinaba, mesados y desgredados. Allí vió aquellos ojos antes bellísimos luceros, ya ciegos y oscurecidos con las lágrimas que llorava y con la sangre que de la cabeza vertia. Allí vió aquellos bellísimos labios, antes corales finísimos ya morados lirios, afeados é hinchados con los golpes. Allí vió al querido de su alma, al amado de su corazon, á la lumbre de sus ojos, al que mas que á si amaba y mas que á si queria, tan afeado y herido que apenas lo conoció, y fué su dolor tan intenso, que si milagrosamente no la hubiera fortalecido el Espíritu Santo, al punto hubiera quedado mnerta á manos de este do-

lor. Qué dolor habrá que se compare con este dolor? Qué pena habrá que á esta pena se asimile? O qué tormento habrá que pueda asemejarse é este tormento? Ninguno. A quién te compararé, Reina soberana, le podemos preguntar con Jeremias. A quién te asimilaré? A nadie; porque no hay tormento, no hay pena, no hay dolor que pueda asemejarse á este dolor, á esta pena, á este tormento. Grande es como el mar tu afliccion y desconsuelo; porque al modo que las aguas todas de la tierra no tienen comparacion con las aguas del mar porque estas son inmensas, así no hay dolor, pena ó tormento, aunque se junten todas las de la tierra, que se pueda comparar con el tormento, pena y dolor de María Santísima en la ocasion presente. No así el samaritano piadoso se lastimó al encontrar el caminante herido, como se lastimó el ternísimo Corazon de María Santísima al encontrar á Jesus tan sangrientamente herido. No así ruge en el campo la valentísima leona, al ver á su cachorrillo preso en la red tejida, como María Santísima, mística

leona, rugia con dolorosos gemidos al ver á su Hijo en poder de sus enemigos, con cadenas preso, y con cordeles ligado: No así al cuchillo del tormento sentia dolores muchos el tierno corazon de Abraham, al ver á Isaac, su hijo, caminar con la leña sobre los hombros al monte de su sacrificio, como el corazon de la invictísima Reina gemia desconsolado al ver á Jesus con la cruz sobre sus hombros caminar al Calvario, lugar para su sacrificio, siendo en este lance tan grande su agonía, que no hay entendimiento con que extenderla, ni lengua con qué explicarla. Oh dulcísima madre de nuestras almas, bendita seas mil veces por los muchos tormentos que en este misterio padeciste.

Aquí se tendrá un rato de consideracion, y luego se dirá:

Dios te salve angustiadísima, dolorosísima y muy afligida María, dulce respiracion de las almas, que al encontrar á tu dulcísimo Hijo en la calle de la Amargura sentiste tormento tanto, que es imposible llegar á cono-

cerlo. Dios te salve, porque al verlo ligado con cadenas, coronado de espinas, abofeteado y escupido, y con la pesada Cruz sobre su delicada y ternísima espalda, agonizó tu espíritu con los tormentos mayores. Dios te salve, porque mirándolo como estaba, tiraron de repente los verdugos de la cadena con que venia preso, y lo hicieron caer de golpe sobre las duras piedras, quedando su hermosísimo rostro pegado con la tierra, y tu corazón atravesado de la mayor agonía.

Y. Ruega por nosotros dolorosísima María Madre de Dios.

R). Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.

ORACION.

O amarguísima y sobre toda ponderacion afligida Reina de los Principados del Cielo, Madre dulcísima de misericordia y querida de nuestros corazones; rogámoste, Señora, por aquel agudísimo tormento que sentiste cuando encontraste á tu santísimo Hijo en

la calle de la Amargura con la pesada cruz sobre sus delicados hombres, y en poder de sus enemigos, que al mas cruel suplicio lo llevaban, y por el dolor que sentiste cuando lo viste caer con el peso de nuestras culpas, que tengas misericordia de nosotros, y que nos alcances de su Magestad gracia para que nunca caigamos en la culpa, y que siempre llevémos sobre nosotros la cruz de la mortificacion y penitencia en seguimiento de tu Hijo. Rogámoste tambien, Madre querida nuestra, por este dolorosísimo misterio, que nos ampares, nos asistas, nos favorezcas en el trance y agonía de la muerte, alcanzándonos para aquella hora los santos Sacramentos, dignamente recibidos, para que favorecidos con ellos, consigamos el perdon de nuestras culpas, y así vayan nuestras almas á gozar en tu compañía de nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina, Dios por todos los siglos de los siglos. Amen.

■ Bendito sea eternamente el Eterno Padre, porque quiso que María Santí-

simasimase encontrase á su dulcísimo Hijo en la calle de la Amargura, para que al verlo tan deshecho y despedazado fuese su dolor crecido. Amen.

Un Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Bendito sea eternamente el Eterno Hijo, porque cuando se encontró con su Santísima Madre en la calle de la Amargura, solo con mirarla la dejó llena de dolor, tormento y agonía. Amen.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Bendito sea eternamente el Eterno Espíritu Santo, porque con su gracia favoreció á Maria Santísima para que no muriese de dolor cuando encontró á su Hijo en la calle de la Amargura.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Bendígame Señor Trino y Uno eternamente, todas las criaturas, y te den honra, magnificencia y alabanza por todos los dolores, penas y tormentos, que quisiste que padeciera María Santísima, cuando en la calle de la Amar-

gura encontró á su Hijo, llevando á
cuestas la cruz. Amen.

Bendita sea eternamente la descon-
soladísima, afligidísima y dolorosa Vír-
gen María nuestra Señora. Amen.

Los Angeles, los hombres y todas
las criaturas la amen, la quieran, la
sirvan y le den gracias por todos los
tormentos, penas y dolores que en com-
pañía de su Hijo padeció por la Reden-
cion del mundo y por la salvacion de
las almas. Amen.

DIA QUINTO.

Este dia se rezará una Estacion por las
almas del Purgatorio, que fueron devotas
de los dolores de nuestra Señora.

Habiéndose hincado de rodillas, persig-
nándose, etc. como el primer dia, se leerá
la siguiente

CONSIDERACION.

Considera, cristiano, á María Santí-
sima nuestra Señora junto á la Cruz
de su Hijo en el Calvario, y la verás

en la mas cruda afliccion. Habiendo los cruelísimos sayones clavado en la cruz al divino Redentor; habiendo levantado en alto aquel verdadero Agnus Dei, que quita los pecados del mundo, fijaron la cruz en el agujero de una peña. Llegóse la afligidísima Madre á aquel doloroso árbol, en que pendía el fruto bendito de su vientre, y allí fidelísima compañera, iba penando como iba su Hijo padeciendo: fijaba la desconsolada Madre los casi desmayados ojos en aquella dulce prenda de su atormentado corazon: mirábalo despedazado, herido y hecho todo una llaga; y segun lo iba mirando, ibanse estampando en su ternísimo corazon todos los dolores y tormentos que su Jesus padecia. A este intenso penar se llegó otro intenso padecer, que fué oírle aquellas siete palabras que habló en la Cruz, las cuales fueron penetrantes flechas que el tierno corazon le atravesaron, especialmente, cuando oyó, que en lugar suyo le dejaba por hijo á Juan. ¡Oh conmutacion la mas dolorosa que se ha visto! ¡Oh trueque el de más infinita distancia

que se ha hallado! ¡Oh cambio el mas sensible para el lastimadísimo corazon de la afligidísima Reina! Pues veía que le daban por Jesus á Juan, por el hijo de Dios al hijo del Zebedeo, por un Dios verdadero un hombre puro, y por un divino Maestro un discípulo humano. A todos estos tormentos se llegó en la afligida Madre el oirle las últimas palabras pronunciadas con mortales aflicciones, y ver que inclinando la cabeza llena de finales parasismos, entre amarguísimas congojas, con la mas profunda agonía entregando en manos de su Eterno Padre el espíritu, espiró. ¡Qué dolor tan sobre todo dolor este para aquel ternísimo corazon de María Santísima! ¡Qué tormento tan sobre todo tormento para su purísima Alma! Y qué tan nunca vista pena para su pecho ternísimo! No así David sentia la temprana muerte de su hijo Absalon, como María Santísima sintió la dolorosa muerte de Jesus su Hijo. No así la nombrada viuda de Nain lloraba la muerte de su hijo, mancebo difunto, como la afligidísima Viuda María Santísima lloró la muerte de su

Hijo Jesus. No así Resfa, muger que habia sido de Saúl, asistió á los cuerpos de sus difuntos hijos, del patíbulo pendientes, como la soberana Reina, Esposa del Espíritu Santo, asistió constantemente á su difunto hijo pendiente del patíbulo. Fué su dolor en esta ocasion tan grande, fué su tormento en este lance tan crudo, y fué tan sobrehumano en este punto su penar, que si milagrosamente no la hubiera fortalecido la virtud divina, hubiera muerto á la violencia dura de tanta pena, de tanto tormento y dolor tanto. O dulcísima Madre de nuestras almas, bendita seas mil veces por lo mucho que en este misterio padeciste.

Aquí se tendrá un rato de consideracion, y luego se dirá:

Dios te salve, afligidísima, desconsoladísima y atribulada María, firme columna de la militante Iglesia, que en el Calvario junto á la Cruz, donde tu Hijo pendia, permaneciste constante, afligida con tormentos muchos. Dios te salve, porque Corredentora del mundo como tu Hijo, por la Reden-

cion de los mortales, iba padeciendo, tú tambien acompañándolo en esta redencion ibas penando. Dios te salve, porque al verlo morir, fué tanto tu padecer, fué tu sentir tanto, que si Dios no te hubiera milagrosamente fortalecido, hubieras muerto á la violencia de tan agudos tormentos.

V. Ruega por nosotros, dolorosísima María Madre de Dios.

R). Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.

ORACION.

O atormentadísima y acongojadísima Reina de los celestiales Tronos, dulcísima Madre de los pecadores arrepentidos, y querida de nuestras almas. Rogámoste, Señora, por aquellos cruelísimos tormentos y dolores que padeciste en el Calvario al ver padecer y morir á tu Santísimo Hijo, que tengas misericordia de nosotros, y nos alcances de la Magestad de el Señor, que imprimamos en nuestros corazones su dolorosa Pasion, para que de ella nos

compadezcamos y tambien la imitemos. Rogámoste tambien, querida Madre nuestra, por este dolorosísimo misterio, que nos ampires, nos asistas, nos favorezcas en el trance y agonía de la muerte, y alcanzándonos para aquella hora los santos Sacramentos de la Iglesia dignamente recibidos, para que favorecidos con ellos consigamos el perdon de nuestras culpas, y así nuestras almas vayan á gozar en tu compañía de nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina, Dios por los siglos de los siglos. Amen.

Bendito sea eternamente el Eterno Padre, porque quiso que María Santísima su querida Hija, asistiese en el Calvario al divino Redentor, para acreditarse así corredentora del mundo. Amen.

Padre nuestro, Ave Maria y Gloria Patri.

Bendito sea eternamente el Eterno Hijo, porque acompañado de María Santísima su querida Madre, padeció

muerte y pasión por redimir á los pecadores. Amen.

Padre nuestro Ave María y Gloria Patri.

Bendito sea eternamente el Eterno Espíritu Santo, porque asistió á María Santísima su dulcísima Esposa, dándole fortaleza para que no muriese al dolor que padeció en el Calvario. Amen.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Bendígante Señor Trino y Uno eternamente todas las criaturas, y te den honra, magnificencia y alabanza por todos los dolores, penas y tormentos que quisiste que padeciera María Santísima, animado Templo tuyo, al ver padecer y morir á tu Santísimo Hijo. Amen.

Bendita sea eternamente la desconsoladísima, atormentadísima y afligida María Santísima nuestra Señora. Amen.

Los Angeles, los hombres, y todas las criaturas la amen, la quieran, la sirvan y le den gracias por todos los

dolores, penas y tormentos que en compañía de su hijo padeció por la Redencion del mundo, y por la salvacion de las almas. Amen.

DIA SEXTO.

Este dia se tendrá media hora de oracion mental sobre el trance de la muerte.

Habiéndose hincado de rodillas, etc. como en el primer dia se leerá la siguiente

CONSIDERACION.

Considera, cristiano, á María Santísima nuestra Señora con su dulcísimo Hijo difunto en sus piadosísimos brazos y la verás atravesada del mas crecido dolor. Habiendo muerto Cristo nuestro bien en el afrentoso y sagradoadero de la Cruz, habiéndole atravesado el blanquísimo delicado pecho con la aguda punta de una lanza, determinaron bajar el difunto cuerpo de la Cruz. Para esto subieron por dos escaleras Nicodemus y José, piadosísimos varones. Quitáronle con mucho tiento la corona de la cabeza, y se la entregaron

á la afligida Madre; esta Señora estando de rodillas, la recibió con veneracion mucha, y dándole ternísimos ósculos, se la aplicó como reliquia tan sagrada que era, á los ojos; y es de creer que al mismo tiempo se lastimaría y punzaria sus delicadísimos dedos y manos con las espinas, que eran duras y agudísimas. Del mismo modo le entregaron los clavos, y del modo mismo, y con las mismas decentísimas ceremonias lo recibió la afligidísima Madre. Por último, habiéndolo bajado el difunto cuerpo del divino Redentor, lo pusieron en los brazos de su lastimadísima Madre, que ya sentada en el suelo, aunque lo recibió de rodillas, quedó hecha trono amargo de la Magestad difunta. No es posible, no solo referir, pero ni aun imaginar el gravísimo dolor que María Santísima recibió en este lance. Hallóse con el dulcísimo Hijo de su alma, con el únicamente querido de su corazon, con el que era la lumbré de sus ojos, vida de su vida, y alma de su alma; y al verlo tan deshecho, tan despedezado y herido, no hay tormento con qué explicar su dolor,

ni hay dolor con que significar su tormento. Tocábale las llagas, registrábale las heridas, y absorta en tanto penar, desfallecida á la violencia de su sentir; al mismo tiempo se alegraba, porque veia cumplida la voluntad de Dios, y ejecutada por la salvacion de los hombres la Redencion del mundo. Ofreciale al Eterno Padre aquella agradable hóstia de reconciliacion de los mortales, deseando la salvacion de las almas, al paso que lloraba la muerte de su Hijo. No así imprime el sello su imágen en la cera blanda, como el difunto cuerpo del Señor imprimió su dolorosa imágen en el corazon de María Santísima, que era mas que la cera blanda. No así el fuego con su cercanía calienta y abrasa lo que toca, como el pecho de la Reina se abrasaba con el fuego del dolor, al tener entre sus brazos tan cerca á aquel herido cuerpo, que aunque difunto era hoguera de fuego activo. No así al ver penar el objeto que se ama, el corazon se lastima, como el corazon de aquella Vírgen purísima, al ver el dulce amado objeto de su voluntad tan despedazado y des-

hecho, se lastimó, llenándose de amargura. ¡O dulcísima y querida Madre de nuestras almas, bendita seas mil veces por lo que en este misterio padeciste!

Aquí se tendrá un rato de consideracion sobre este punto, y luego se dirá:

Dios te salve angustiadísimá, amarguísima, y muy dolorosa Virgen María Madre amantísima nuestra, querida de nuestras almas, que teniendo en tus piadosísimos brazos ya difunto el divinizado cuerpo de tu Hijo, fuiste llena de la amargura mayor. Dios te salve, porque poniéndolo como sello sobre tu corazón y sobre tus brazos, estampó en tí toda la imágen de su padecer, haciéndote participante de sus tormentos crecidos. Dios te salve, porque al registrar tan de cerca todas sus heridas y llagas, cuando su Magestad, por estar ya difunto no las sentia, tú con tu compasion las sufrías, y con amargura tiernamente las llorabas.

V. Ruego por nosotros dolorosísima María Madre de Dios.

R). Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.

ORACION.

O desconsoladísima y afligidísima Reina de los Arcángeles, Madre dulcísima de misericordia, y tiernamente querida de nuestras almas! Rogámoste, Señora, humildemente, por aquellos cruelísimos dolores que sintió tu ternísimo corazón cuando depositando entre tus purísimos brazos el difunto sagrado cuerpo de tu Hijo, le viste despedazado y deshecho, quedando toda traspasada de dolor tan vivo, que tengas misericordia de nosotros, y que nos alcances de su Magestad que siempre depositemos en nuestro pecho y memoria los dolores de su sagrada Pasión, para que así la agradezcamos, y agradeciéndola la imitemos. Rogámoste por este dolorosísimo misterio, que nos ampires, nos asistas, nos favorezcas en el trance y agonía de nuestra muerte, alcanzándonos para aquella hora los Santos Sacramentos de la Iglesia dignamente recibidos, para que favorecidos con ellos consigamos el perdón de nuestras culpas, y así vayan

nuestras almas á gozar en tu compañía de nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina Dios por los siglos de los siglos. Amen.

Bendito sea eternamente el Eterno Padre, porque quiso que su difunto Hijo fuese depositado en los piadosos brazos de su dulcísima Hija María para que así padeciese tormentos muchos. Amen.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Bendito sea eternamente el Eterno Hijo, porque aun despues de difunto, puesto en los piadosos brazos de María Santísima su dulce Madre, la llenó de penas, dolores y amarguras. Amen.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Bendito sea eternamente el Eterno Espíritu Santo, porque con su gracia favoreció á María Santísima su dulcísima Esposa, para que no muriese al dolor que sintió cuando recibió en sus brazos el difunto cuerpo de su Hijo. Amen.

Padre nuestro, Ave Maria y Gloria Patri.

Bendígante, Señor Trino y Uno eternamente, todas las criaturas, y te den honra, magnificencia y alabanza, por todos los tormentos, dolores, y penas que quisiste que padeciera María Santísima, animado Templo tuyo, cuando recibió á su difunto Hijo en sus brazos. Amen.

Bendita sea eternamente la afligidísima y desconsoladísima María nuestra Señora. Amen.

Los Angeles, los hombres y todas las criaturas la amen, la quieran, la sirvan y le den gracias por todos los tormentos, penas y dolores que en compañía de su Santísimo Hijo padeció por la Redencion del mundo, y por la salvacion de las almas. Amen.



DIA SÉTIMO.

Este dia por ser el último, se confesará y comulgará en memoria de los dolores de María Santísima.

Habiéndose hincado de rodillas, persignado, etc, como el primer dia se leerá la siguiente:

CONSIDERACION.

Considera, Cristiano, á María Santísima nuestra Señora, en su penadísima soledad, y la hallarás en la aflicción mas crecida. Quitaron de los purísimos brazos de la desconsolada Señora el difunto despedazado cuerpo de su Hijo, mística vid, que le despojaron de su mas glorioso fruto. Dispúsose el funeral, hízose el entierro, depositaron el deificado cuerpo en un sepulcro que estaba abierto en un peñasco, y cubriéndolo con una pesadísima losa, se volvió la afligidísima Emperatriz al Cenáculo de Jerusalem, donde despidiendo con agradecimiento mucho á los fieles que le habian acompañado en tan lastimosa tragedia, se apartó á su retiro, y allí

quedó constituida en la soledad mas penosa. Entregóse toda al sentir, con ánsias tan vivas, que no hubo potencia en su Santísima Alma que no quedase llena de la afliccion mas dura. Acordábase de todos los tormentos que á su Santísimo Hijo le habia visto padecer, y resolviendo en su pensamiento tormentos tantos, largaba la rienda á el mas intenso penar. No así cuando por la ordenacion divina se juntaron las aguas todas en un lugar, constituyeron un mar amarguísimo, como aquellos considerados tormentos del hijo, juntos todos en el pensamiento de la Madre, le hicieron mar de muchas amarguras. No así la Esposa de los Cantáres depositó en su pecho, en metáfora de manogillo de mirra, los dolores todos de su amado, como María Santísima juntó en su corazon todos los tormentos que habia visto padecer á su Hijo. No así la tórtola viuda, gime, cuando arrulla en la soledad de la selva, al reparar de su consorte difunto, como en su soledad gemia la desconsolada tórtola María Santísima. Buscaba como la Esposa de los Cantáres á su dulcísimo Jesús; pero

aunque mas lo buscaba, no lo veía. Era místico girasol que se le habia puesto el Sol de Justicia Cristo, y como esta flor con la ausencia del sol se marchita, asi la afligida Señora, como que se marchitó con la ausencia del Sol su Hijo, desfigurándose de modo con lo intenso, desmedido y grande de su penar, que apenas S. Juan la conocia, pudiendo decir, como en metáfora de Jerusalem lo profetizó Jeremías, que su padecer era grande como el mar; porque al modo que con las aguas del mar no tienen comparacion las aguas todas de la tierra, asi como el penar de María Santísima en su soledad, no tienen comparacion los tormentos mas crecidos. O dulcísima Madre de nuestras almas, bendita seas mil veces por los dolores y tormentos que en tu soledad padeciste.

Aquí se tendrá un rato de consideracion sobre este punto, y luego se dirá:

Dios te salve, angustiadísima, afligidísima y dolorosa María: Abogada poderosa de los hombres, que cercada de las oscuras sombras de tu penosa so-

ledad, al considerarte sin el clarísimo Sol de Jesús tu Hijo, fuiste constituida en la más terrible noche de la compasión más dura. Dios te salve, porque destituida aun del alivio menor toda te convertiste en el mar inmenso de las mayores amarguras. Dios te salve, porque sola, triste, desconsolada, permaneciste en la mas penosa soledad hasta que llegó la Resurreccion gloriosa de tu dulcísimo Hijo.

V. Ruega por nosotros dolorosísima Maria Madre de Dios.

R. Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo. Amen.

ORACION.

O afligidísima, dolorosísima y desconsoladísima Reina de los Angeles, Madre dulcísima de todos los mortales y querida de nuestras almas. Rogámoste, Señora, por los grandes desconsuelos, por los dolores crecidos, y por los tormentos muchos que padeció tu dulcísimo corazon en tu penosísima soledad, que tengas misericordia de

nosotros, y que nos alcances de la Magestad de tu Hijo que en la soledad de este mundo hagamos penitencia de nuestras culpas, y esperemos verle y gozarle en la gloria de la eterna Resurreccion. Pedimoste tambien, queridísima Madre nuestra, por este dolorosísimo misterio que nos ampare, nos asistas, nos favorezcas en el trance, y agonía de la muerte, alcanzándonos para aquella hora los Santos Sacramentos de la Iglesia dignamente recibidos, para que favorecidos con ellos consigamos el perdon de nuestras culpas, y así vayamos á gozar en tu compañía de nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina, Dios por los siglos de los siglos. Amen.

Bendito sea eternamente el Eterno Padre, porque quiso que María Santísima su querida Hija padeciese tantos desconsuelos, en su penosísima soledad. Amen.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Bendito sea eternamente el Eterno

Hijo, porque con la memoria de los tormentos que su Magestad habia padecido, dispuso que María Santísima su amantísima Madre padeciese en su soledad tormentos tan desmedidos. Amen.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri

Bendito sea eternamente el Eterno Espíritu Santo, porque con su especialísimo amparo asistió á María Santísima su dilectísima Esposa, para que no desfalleciese á la violencia del cruelísimo tormento de su soledad penosísima. Amen.

Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.

Bendígante Señor Trino y Uno eternamente todas las criaturas, y te den honra magnificencia y alabanza por todas las angustias, agonias y tormentos que quisiste que padeciera María Santísima, animado Templo tuyo, en el tiempo de su afligidísima soledad. Amen.

Bendita sea eternamente la desconsoladísima, atormentadísima y afligida

María Santísima nuestra Señora.
Amen.

Los Angeles, los hombres, y todas las criaturas la amen, la quieran, la sirvan y le den gracias por todos los dolores, penas y tormentos que en compañía de su hijo y tambien en su soledad padeció por la redencion del mundo y por la salvacion de las almas.
Amen.

LAUS DEO.



